

Casi 20 años después de haber cometido horribles crímenes, el ex-capitán naval Adolfo Scilingo no pudo más con su conciencia y decidió romper el pacto de silencio que establecieron los militares entre sí al violar sistemáticamente los derechos humanos durante la dictadura militar que gobernó Argentina entre 1976 y 1983. “Las Fuerzas Armadas me han convertido en un criminal”, señaló en su confesión al periodista Horacio Verbitsky. Scilingo reconoce haber participado en la muerte de unos 40 prisioneros de guerra, hombres y mujeres, que eran arrojados con vida al Río de la Plata, frente a las costas de Buenos Aires, desde aviones navales.

El libro de Verbitsky, «El vuelo», con estas confesiones, provocó una reacción generalizada que dejó bien claro que continúa abierta la herida provocada por la más grave represión militar en Argentina, y que la ciudadanía no está dispuesta a olvidar a sus 30 mil desaparecidos. El ex-capitán naval relata que todos los oficiales navales fueron obligados a participar en violaciones a los derechos humanos. Si bien por el informe “Nunca Más” se sabía que la Armada era responsable de haber hecho desaparecer a un número no calculado de prisioneros arrojándolos al Río de la Plata, nunca se había tenido datos ciertos de estos hechos.

El relato de Scilingo demostró que una vez más la realidad supera a cualquier ficción. Los prisioneros eran dormidos con pentotal, sacados del campo de concentración que funcionaba en la Escuela de Mecánica de la Armada, subidos a los aviones y luego arrojados con vida mientras sobrevolaban el mar. Los oficiales que iban a bordo del avión debían desnudarlos antes de echarlos al agua. Scilingo calcula que entre 15 y 20 prisioneros sufrían esta muerte en cada vuelo y

señala que los mismos se cumplieron semanalmente entre 1976 y 1977, con lo que se cree que en unos 100 vuelos encontraron la muerte entre 1500 y 2000 personas.

El ex-capitán denuncia que oficiales de todo el país eran convocados para participar en estos hechos, incluso los de alta graduación, que si bien no tiraban a los prisioneros al mar, volaban con ellos para ser testigos de la tarea. Scilingo relata con angustia haber empujado a los prisioneros por la puerta del avión con sus propias manos, e incluso recuerda claramente haber trastabillado en una oportunidad en la que casi cae al agua junto con su víctima. Para cerrar este círculo de terror, al llegar a tierra, los marinos eran “confortados” por los capellanes navales que justificaban su tarea citando la parábola de Cristo sobre el trigo y la cizaña, donde la cizaña es quemada para salvar al trigo. Los prisioneros políticos debían ser “quemados” para salvar al pueblo argentino de su influencia. Esta denuncia de una intervención directa de representantes de la Iglesia Católica avalando la represión también trajo la ira de los argentinos.

Con su tremendo coraje, las Madres de Plaza de Mayo enfrentaron a la Conferencia Episcopal Argentina con uno de sus más duros comunicados. “La cúpula de la Iglesia argentina y algunos de sus sacerdotes hicieron del silencio complicidad frente a las desapariciones de nuestros 30 mil hijos”, dijeron con firmeza. En su comunicado, las Madres exigieron a los obispos que “hagan oír la condena con respecto a este genocidio”. También reflexionaron: “La actuación de los capellanes de todas las fuerzas armadas avergüenzan a la humanidad y sigue crucificando a millones de Jesucristos”.

Dafne Sabanes Plou
Info@alai.ecx.ec